

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—  
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50  
Ptas.—Un año, 28 ptas.—Pago adelantado.  
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 8

Sevilla—Lunes 12 de Enero de 1903

AÑO XXVII

## Campaña electoral

Falta un mes para que publique la *Gaceta* el decreto de disolución y convocatoria de Cortes, y ya los más avisados y madrugones viajan por distritos, comprometen amigos, ofrecen lo que no han de dar y mendigan los favores del poder para obtener la representación con que sueñan.

A éstos, con ser muchos, no les preguntéis nunca cómo piensan, sino qué quieren y á qué aspiran, y veréis que los beneficios personales son su única aspiración.

Generalmente forman esta falange los hijos, parientes y deudos de personajes y algunos atrevidos ignorantes y despreciosos descarados que nunca se preocuparon de los intereses de la patria, y que no se cuidaron de estudiar los sistemas de gobierno y administración más beneficiosos para el país. Ellos no entienden de estos achaques: sirven á su señor para que los encumbre, les haga su fortuna y les cree una posición, y lo demás les tiene sin cuidado.

No tienen ellos toda la culpa. El cuerpo electoral suele también dejarse influir ó seducir por los halagos y ofrecimientos de estos indocumentados de la política, ya por una carretera, ya por la concesión de un puente, ya por una docena de destiños; y el hombre que lucha por ideas, que presenta soluciones, que denuncia los vicios del régimen y los abusos de la situación, que demuestra la incompatibilidad del sistema actual con la dignidad, con el bolsillo y con la libertad de los ciudadanos, generalmente ese no cuenta con el apoyo de los hombres de bien, de los ciudadanos, porque el miedo al Gobierno y al cacique es muy grande y porque el beneficio no se va á tocar inmediatamente. Por eso hemos recomendado siempre la conveniencia, la necesidad de que los partidos políticos, y singularmente los partidos democráticos, que son los únicos que luchan por ideas y que se sacrifican en interés de la patria, deben ir á las contiendas electorales, á las grandes luchas del sufragio, formados en columna cerrada, realizando una activa y vigorosa campaña en favor del candidato elegido en cada distrito para hacer patente á los pueblos que la lucha de los demócratas es siempre impersonal, y que el candidato propuesto es el ejecutor y el mandatario del partido, cuyos acuerdos tienen que acatar y cuyas doctrinas debe difundir y defender en el Parlamento, juntamente con los intereses generales del distrito ó circunscripción que le elija.

Nosotros, los republicanos, debemos dar el ejemplo, de variar nuestras costumbres políticas y sustituir el "Yo voto por don Fulano", por el "Yo voto, por ejemplo, por la República, por la expulsión de las corporaciones religiosas, por la rebaja de tributos," y así será como haremos país y destruiremos el caciquismo, que es el que vota siempre á los hombres, para que los hombres le sirvan, y rechaza las ideas, porque estas no representan para él el beneficio de sus intereses, que es lo único que le guía.

Las candidaturas republicanas debían contener en el período electoral que se avecina una declaración clara y terminante de lo que somos y adonde vamos, y una condenación de todo el actual sistema que explique bien á los ciudadanos cual es la situación de España con este régimen y cuál sería su progreso con el régimen democrático y republicano.

Frente á la bandera del personalismo, ambicioso y egoísta, de los gobernantes y sus auxiliares, elevar el estandarte que simboliza la idea, el progreso, el bienestar y la prosperidad de España, posponiendo

ante el supremo interés de la patria y del pueblo todos los intereses particulares, que han sido y siguen siendo la característica del sistema actual.

A este propósito deben enderezarse todos nuestros trabajos electorales y con esta bandera es con la que nuestro partido debe acudir á las urnas á librar la batalla á la reacción triunfante, apoyada por el régimen que impera, lo demás será hacernos solidarios de todos los vicios de los doctrinarios y de todos los defectos de los hombres de la monarquía.

A. A.

## El fanatismo

Los sucesos de Marruecos, promovidos, según dicen, por el fanatismo musulmán, traen á mi mente remembranzas de los producidos en la católica España por el fanatismo romano.

Aseguran personas bien enteradas de las cosas del mogrebino imperio, que el fanatismo religioso es la tremenda losa de plomo que pesa sobre aquel país, impidiéndole avanzar un paso por el camino del progreso; añaden que es tal la fé de aquellas hordas, que atentarían hasta contra la vida del sultán si en él sospechasen tibieza en el cumplimiento de los preceptos de Mahoma.

En su furor religioso nada respetan ni ante ningún crimen se detienen; las delicias del Paraíso se ganan bañándose en sangre de los infieles.

Lo mismo pensaban nuestros padres respecto á las eternas venturas del empero. El porvenir eterno, la eterna dicha, las ilusiones de ultratumba, convirtieron siempre á los hombres en bestias. La mentira soez, la fábula grosera, el dogma estúpido, han anulado el pensamiento humano y turbado la razón hasta el punto de negar verdades evidentes.

Allí los santones, más allá los derwiches, en otro lado los bonzos y talapanes, aquí los curas y frailes, en todas partes legiones de embusteros embaucando á los pueblos, absorbiendo la substancia del trabajo y precipitando á las generaciones en el caos tenebroso de lo inexplicable, de lo misterioso, de lo absurdo; velando á la verdad natural con inmensas volutas de errores sostenidos por los explotadores de la ignorancia.

Cortan los mahometanos cabezas en nombre de Mahoma, y los católicos se horrorizan con razón, sin considerar que hay quienes están interesados en que ellos corten pescuezos en nombre de Jesús.

No los cortarán, de seguro, porque á pesar de los esfuerzos de los que pretenden retrotraer España á los tiempos medioevales, la fé ha sufrido grandes pérdidas y carece de aquella pujanza que la permitía hacer inclinarse todo un pueblo ante un franciscano piojoso y grasiento, tenido por la representación genuina del Padre Eterno.

Por otra parte, la mayoría de las gentes saben que el telescopio ha destruido las praderas celestes, que Josué no pudo detener el sol, que la ciencia teológica es un embrollo, que el diablo ha tomado el retiro, que el purgatorio no es otra cosa que la hornilla donde los curas cuecen los garbanzos y que todo el tinglado romano amenaza caer entre la rechifla general de Europa y América.

Más esto no obsta para decir á los que se horrorizan de las barbaridades que hace cometer el fanatismo marroquí, que el fanatismo católico las ha cometido mayores y más abominables.

Ateniéndonos no más que á nuestra patria, haciendo caso omiso de los acuchillamientos, asesinatos, devastaciones y degollinas en masa ordenadas por los Santos pontifices y llevadas á cabo en Italia

Francia, Bohemia, Alemania, Polonia, Suecia y Dinamarca, podemos asegurar que las razas marroquíes contra los infieles son tortas y pan pintado, suspiritos de monja, carinosas manifestaciones de amistad y tolerancia.

En 1468, alguien interesado en meter las manos en las arcas de los judíos, corrió entre los devotos apostólicos de Sepúlveda la voz de que los primeros habían crucificado un niño secretamente. No se pudo probar un crimen que era una fábula clerical; pero el obispo de Avila, Juan de Arias, para calmar la indignación de los fieles antropófagos de la diócesis, sometió á dieciséis judíos al tormento, los hizo gigote con argumentos cortantes y después los mandó quemar y ahórcar por mitad, de la manera más equitativa del mundo. Pero los ardientes católicos no se contentaron con aquella miseria: asaltaron la judería de Sepúlveda, degollaron 1,500 criaturas indefensas que encontraron, robaron joyas y dinero, sin perdonar un ochavo, pegaron fuego al barrio y se retiraron tan tranquilos á sus casitas á rezar el santo rosario.

Corrió en posta la noticia de lo ocurrido en Sepúlveda por toda España, y los buenos cristianos viejos, aquellos que los neos nos pintan como modelos de caballeros y cristianos, se acordaron que los judíos eran unos tales y unos cuales y, sobre todo, que *abillaban mucho parné* en sus arcones.

Clerigotes de todas clases y ganaderías predicaron el exterminio para desagrar á Dios—que también era judío—y en Segovia, Toledo, Jaén, Córdoba, Andalucía y Castilla, las hordas cristianas se lanzaron sobre las juderías robando, matando, incendiando, sin hacer daño á nadie, proclamando la supremacía de la cruz sobre las Tablas de la Ley á estacazo limpio y á puñalada sucia. El condestable Iranzu, que en Jaén trató de oponerse á las turbas, fué asesinado dentro de la catedral y arrastrado lo mismo que lo fué el desgraciado gobernador de Burgos el año 1868.

Los judíos huyeron de la Península, se paralizaron las transacciones mercantiles y los dulces católicos se comían los eodos de hambre. Verdad es que en cambio se atracaba la gente de iglesia con los despojos de las juderías, y esto consolaba á los creyentes.

Más adelante, el fanatismo católico encendió las hogueras de la fé, en las que murieron achicharrados á son de piporro y canto llano más de trescientas mil personas, y condenó á galeras ó al destierro más de cuatro millones, desde la fundación del santo tribunal, hasta la venida de los herejes de Napoleón I.

Los pueblos de las pintorescas Alpujarras granadinas, incendiados; sus habitantes, degollados ó asfixiados en las cavernas de Sierra Nevada, así como los moriscos valencianos, perseguidos como fieras, de risco en risco y de valle en valle, por hordas de salvajes que no perdonaban al anciano, ni á la débil mujer, ni al tierno infante: todas esas caerías de seres humanos, verificadas por los que se dicen fieles observadores de las máximas de un Dios de amor, de piedad, de misericordia, nos demuestran que el fanatismo católico es igual que el fanatismo musulmán: que la fé estúpida produce en todos los pueblos los mismos crímenes y las mismas aberraciones.

El fanatismo ha muerto en España, es cierto, pero no es menos cierto que hay idiotas que pretenden resucitarlo. La frailería reproduciendo milagros de brocha gorda; las misiones jesuíticas embaucando á los analfabetos; los corazoncitos de Jesús penetrando en todos los hogares; los políticos sin decoro que patrocinan al clericalismo; la labor lenta de emboscada, de acecho, de la clerigalla; el rutinarismo, la hipocresía del caciquismo monárquico, son

tentáculos del pulpo inmenso, que se extienden por el país para ahogarlo, para sumirlo de nuevo en el abismo del pasado y devorarlo en su gruta de iniquidades, como el monstruoso molusco, tan magistralmente descrito por el inmortal Víctor Hugo en sus *Trabajadores del mar*.

RECUERDOS

## El cortacabezas

(HOJAS DE MI CARTERA)

Marokesh

Terminamos de comer. Entra en la tienda de campaña el "kaid" Ben Aixa, un borrachín que se olvida del profeta para adorar á Domecq y á Martel.

—¡Una copa, "kaid", una copa!

El "kaid" de la caballería mora está borracho. Pocas veces ha bebido cognac, aguardiente ó vino. La primera copa le enloquece; á la segunda deja su enorme "zequi" (sable), sobre una cama; á la tercera se desprende del jaique. A poco más se desnuda. Ya nos habla en español, en francés, en inglés, en un lenguaje formado de palabras recogidas al paso de las embajadas europeas. "El kaid", "El Mia", negrazo descomunal, acaba de referirnos una historia horrible.

—¿Qué tienes en esa mano?—le preguntó.

—Una herida. De la "jarca".

"La jarca" llaman aquí á la expedición militar que el sultán organiza contra las kabilas.

—¡Tañete! ¡Tañete!—nos dice.

Esto significa que le han herido en la última "jarca", camino de Tañete.

—¿Cuántos hombres lleva el sultán? ¿cómo es la "jarca"? ¿qué hace el sultán?

A todas estas preguntas, que llenos de curiosidad le dirigimos, responde con vaguedades.

—Lleva "muchos", "muchos", la jarca "costar mucho flux" (dinero), el sultán "estar" valiente. Una vez "entrar" en fuego. Ninguna bala "tocarle", "estar santo".

—¿Muchas cabezas?—pregunto.

Y aquel bárbaro estrepitosamente, abre unos ojos tremendos. —"¡Muchas!"—exclama.

Y nos refiere con su especial lenguaje, la siguiente historia de una de sus últimas "jarcas".

"Una vez el sultán salió al frente de sus tropas, reclutadas en distintas kabilas; la gran tienda imperial, no menor que una casa, el harem, los miles de camellos, de mulas, de caballos, de esclavos, formaban interminable cortejo. Cuando la tienda, rematada por magnífica bola de oro, se plantaba en los campamentos, de todas acudían kabilas con regalos, rebaños de carneros, de bueyes. Mas una de éstas se resistió al acatamiento. Entonces el sultán se montó á caballo, salió al frente de sus más valientes, más crueles, más bárbaros soldados. La comarca que recorrían era magnífica, los campos florecían y el oro del trigo y el gris plateado de fecundos olivares hermoseaban la llanura. En ella se libró tremendo combate, que duró hasta la caída de la tarde: la kabila huyó deshecha y deshonrada. Entonces el jefe supremo dió una orden, y á su voz las bandadas de asesinos, de sanguinarios soldados, desataronse, armados de hachas y de teas por aquellos alrededores. A poco, un huracán de gritos, de ruidos, de lamentos, se levantó sobre la profunda calma del desierto. Los aduares ardían con resplandores de sangre; el oro del trigo fundíase; chisporroteando los árboles, caían hechos astillas; hombres, niños y mujeres, camellos, bueyes y caballos, huían de aquella inundación desatada del fuego. La llanura quedó en unas horas muerta; sólo una atmósfera de brasas, que pesaba más



que el calor del desierto, podía revelar el desastre.

El sultán, entonces, mandó que se levantaran sus tiendas. Una vez hecho esto, instaló el harem, descansó, pudo comer. Mas al asomarse á la puerta de su tienda, hubo de contemplar un sangriento espectáculo: sobre un barrero habían colocado sus fieles enorme pila de cabezas, negras, mulatas, blancas. Era un trofeo espantoso de venas, ojos crispados, labios violáceos, orejas partidas...

Mas otra escena, quizá más horrible, se desarrollaba al mismo tiempo: una larga fila de prisioneros desnudos, ensangrentados, sujetos por pies y manos con enormes pesos, llegaba hasta la tienda. Apenas podían moverse: caían y levantaban como pájaro que tuviese un ala cortada.

Detrás las mujeres, padres é hijos de los presos gritando, arrodillándose, llorando, pedían su vida. Sus cabezas iban á rodar de un momento á otro. El soberano no se conmovió por nada, hasta que dos mujeres se precipitaron hacia él, se echaron por el suelo, clavaron sus uñas en sus mejillas y se salpicaron de sangre. Entonces el sultán ordenó que de la cadena de sentenciados separaran á los parientes de aquellas infelices.

Tal es lo que nos refirió esta noche el "kaid" con una bárbara sencillez, que yo, llevado por mis sensiblerías de europeo, no he podido reflejar.

RODRIGO SORIANO.

### La Patria y la Revolución

La obra de carácter negativo que ha venido realizando la monarquía en España clama por una sanción: esa sanción se imponía; hubiera debido imponerse ya, si los españoles hubiéramos cumplido con las exigencias del honor y con las imposiciones del deber.

Cuando el partido republicano vería afirmando que por exigencias de la justicia, por suprema conveniencia de la patria, debíamos transformar el régimen colonial; cuando desempeñando á veces el papel de profetas, anunciábamos en pleno parlamento, á la faz del país, que si no se daba la autonomía á Cuba perderíamos á Cuba con ignominia, y que si no transformábamos el modo de ser de Filipinas perderíamos aquel resto colonial, merecíamos el calificativo de filibusteros.

Qué otra cosa hacíamos nosotros, los republicanos, que desempeñar el fácil papel de profetas porque no teníamos sino que consultar á nuestra conciencia para reconocer que es el partido republicano el que manifestaba cuál era el deber, cuáles eran las exigencias que tenía que cumplir el poder? Y porque no se realizó esa obra bienhechora, que hubiera podido mantener las representaciones de España allende los mares, hubimos de venir á ser á la postre como aquel heredero hidalgo, que por impotencia ante el trabajo y por corrupción ante la virtud, no supo mantener íntegra la apreciada herencia de sus padres.

Y cuando se aproximó la hora de la desgracia y nosotros los republicanos—atentos siempre al interés de la patria y ante aquellas tristísimas manifestaciones de los obligados por las dadas del poder del Estado, del que podíamos competir con una grande nación, poderosa en los medios materiales y poderosa en los medios espirituales, manifestaciones que implicaban el olvido de lo que hoy es un axioma, que la guerra no es ya sino empresa de saber, de ciencia, de poder económico y riqueza—decíamos lo que era de todos conocido, lo que se sabía en todas partes, y tratábamos de alarmar á los ministros responsables trazando ante sus ojos el siniestro fantasma del desastre, nos encontramos con que supremas conveniencias mayestáticas comprometían y lanzaban el honor de nuestro pueblo en los peligros de una guerra estúpida, porque era necesario que con la ruina del poder colonial se mantuviera la monarquía.

Y cuando fuimos á la guerra y ya era empeño de patria el no dejar el nombre de nuestras épicas tradiciones envuelto en menguadas derrotas; cuando ya decíamos que si no habíamos hecho pacio con la victoria, lo habíamos hecho con el honor, y ante la mayestática representación de España pedíamos fuerzas y energías y medios materiales para salvarlo, nos encontramos con que la más alta representación del Estado, ni siquiera á los estímulos de nuestras lecciones atendía, y dejaba el honor de este nues-

tro solar empeñado en una empresa, en la cual los héroes y los mártires de siempre hubieron de aparecer cobardes sin serlo. Cumple lanzar, sí, estos calificativos contra aquellos gobernantes que, olvidándose de la necesidad de armar nuestros barcos y de dotar de municiones de guerra á nuestros soldados, sólo atendieron cuidadosamente á la mera defensa del trono.

En tal situación, en la cual de consuno la reivindicación del honor nacional hecho girones por conveniencias dinásticas y el honor y esplendor del ejército reclamaban que el pueblo y las instituciones armadas se identificaran para afirmar el poder de España (dejando sólo para la monarquía la ignominia que del desastre naciera), nosotros, los republicanos, nos encontramos ante una nación muerta, sin medios adecuados para realizar tan grande, tan potente y tan noble empresa. ¿Y sabéis por qué?

Haciendo el acto de confesión pública que deben hacer noble y honradamente los partidos y los hombres que los dirigen para que sirvan primero de propia expiación y después de enseñanza para el proceso ulterior de la vida, porque los republicanos estuvimos durante larga serie de años como seducidos por el señuelo de la revolución, teniendo sólo en nuestros labios, poniéndola como barrera entre el pueblo y las urnas, creyendo que nos llovería como maná del cielo, esperando siempre el redentor de fuera, en vez de tratar de redimirnos nosotros mismos.

Y así, cuando llegó aquella hora tremenda en la que hubiera bastado un sencillo movimiento de la patria española, como el de 4 de Septiembre de Francia, para decidir gloriosamente nuestro destino, nos encontramos con que nadie se movía, con que se encogía de hombros todo el mundo, porque sin duda con tantas revoluciones como los republicanos llevamos hechas de memoria, se había perdido la fé en toda propaganda y en la revolución á toda hora y á todo trance.

No se realizan las revoluciones al conjuro de las palabras. Son ellas—con tremendos fenómenos sociales—cosa semejante á las tempestades en la naturaleza. Alguna vez ¿habéis visto el rayo sin nube? ¿Y cómo en la calma pacífica de la inercia, de la impotencia, de la desconfianza, podían encenderse las pasiones en el alma de los españoles, para volver á la defensa de sus derechos, á la reintegración de su territorio?

Los republicanos, ya que aquello pasó, tenemos que expiar con la patria nuestra torpeza; pero no por esto hemos de desmayar: de esa nuestra conducta pasada, y de la contemplación de la desastrosa conducta de las instituciones monárquicas, debemos deducir el propósito, inquebrantable de adoptar una resolución viva, enérgica, profunda, en la acción general de la vida nacional que, concitando los medios del derecho contra las instituciones que han empobrecido, arruinado ó degradado á España, acabe con el empleo de la fuerza. Somos á la hora presente revolucionarios por exigencias del honor: é imposiciones del deber. Yo me dirijo á la revolución—que seguramente la haremos—ya que los poderes monárquicos impiden que pueda hacerse valer por otros medios la voluntad de España.

NICOLÁS SALMERÓN.

### De actualidad

Tánger.—En Tetuán hay temores, y el Gobernador ha pedido con urgencia armas y municiones.

Se le envían cuatro cañones y pertrechos.

Informes oficiales de Fez confirman que el príncipe tuerto ha sido detenido por orden del Sultán.

La noticia ha causado sensación.

Tánger.—El Roghi está organizando sus fuerzas y piensa dar la batalla definitiva.

A Larache, Alcazar y Wazán llegan muchos desertores del ejército imperial.

Tánger.—La legación inglesa ha ordenado al vicecónsul inglés que las mujeres inglesas residentes en Fez abandonen la plaza inmediatamente.

El Roghi, pasada la Pascua, ha reconcentrado sus fuerzas en los puntos estratégicos entre Tazza y Fez.

Dicen de Tánger que noches pasadas una escuadra, inglesa, compuesta de 22 buques, simuló un desembarco.

Mañana ó pasado quedará formado el sindicato de francos.

Anoche dieron un banquete López Domínguez y su señora.

Asistieron el ministro de la Guerra y varios otros generales del Ejército y la Armada.

Sólo brindó López Domínguez por el rey y el ejército.

El Imparcial continúa su campaña acerca de la reunión de exministros liberales para designar el jefe.

Hace historia para demostrar que las jefaturas surgen y no se improvisan.

Gijón.—En Sama agrávase la huelga de mineros.

Cannes.—Desmíentese que el hijo de Caserta ingresara en la Compañía de Jesús. Actualmente preparase para ingresar en la Academia de Caballería de Valladolid.

Calderón conferenció durante una hora con Sánchez Toca.

Este insistió en no remitir fondos para la Maestranza interin las autoridades del Departamento no le justifiquen la inversión en obras útiles, datos que espera de Ramos Izquierdo, y de lo cual iba á ocuparse.

Ofreció que si llegan mañana los estudiará con preferencia á todo, para resolver enseguida.

El senador y diputados y comisiones de la región esperan impacientes las noticias de mañana por la noche, por si resuelven el conflicto.

En el Congreso verificóse la reunión de los exministros liberales.

Asistieron veinte; á Almodóvar lo representó Puigcerver.

Presidió Vega Armijo.

Acordóse que Montero Ríos y Vega Armijo entiendan en la suscripción popular para el mausoleo de Sagasta.

Montero dijo que, muerto Sagasta, cesaba en el encargo, que recibió de redactar el programa.

Después de amplia discusión acordóse que el jefe lo designe la asamblea de representantes y exrepresentantes del partido en las Cámaras.

Acordóse que Montero Ríos redactase el programa.

Sobre si el programa habia de elevarse á la aprobación de la Asamblea ó aprobarlo previamente los exministros, hubo vivos incidentes.

Prevalció el criterio de que lo aprueben los exministros, y después someterlo á la adrobación de la Asamblea.

Esta se reunirá el día 25.

Es grande la miseria en Caracas, á consecuencia de impedir el bloqueo de los aliados el aprovisionamiento de víveres.

El exministro liberal D. Alfonso González, fundándose en el estado de su salud, abandona la política.

En Mataró hay intranquilidad; cerráronse más fábricas; anoche se hicieron detenciones.

Roma.—Han celebrado extensa conferencia Moret y el cardenal Rampolla.

Créese está relacionada con las cuestiones políticas de España.

En la reunión de exministros liberales hubo desacuerdo.

A la salida Montero manifestó que le habian ratificado los poderes para redactar el programa.

Romanones dijo que el encargo referirse solo á redactar la ponencia.

Sábese que la reunión fué accidentada y hubo escandaloso en un incidente entre Romanones y Armijo.

El gobernador ha ordenado practicar registros para aclarar algo misterioso relacionado con el atentado de ayer y el hallazgo de una bomba en la estación del Mediodía.

Háblase de detenciones.

En los registros practicados en las casas donde habitó Collar, se han encontrado periódicos anarquistas y números de otros que relataban el atentado contra el rey de Bélgica.

Dícese que el Gobierno recibió noticias de Tánger desfavorables al Sultán.

Créese que la fuerzas que se envían á Cádiz y Algeciras serán permanentes.

Despachos recibidos en París dicen que la tribu de Hyaina asesinó al jefe y á muchos israelitas.

Tánger.—El pretendiente solicitó el apoyo de las kábilas de Argelia.

Negáronse y enviaron emisarios al Sultán ofreciéndole su apoyo.

La Asamblea de liberales se celebrará el día 24.

Tánger.—Dicen que están desmoralizadas las tropas imperiales.

Pánico en Fez. Los cristianos abandonan la población. El pretendiente está dispuesto á continuar la guerra contra el Sultán.

Salió de Tánger con dirección á Fez una caravana conduciendo dinero para el Sultán.

Témese que la roben. La situación agrávase y se espera un sangriento combate.

Venezuela.—Han sufrido nueva derrota los revolucionarios, perdiendo 180 prisioneros.

Háblase de nueva reunión de exministros liberales, probablemente para el viernes.

En Orihuela explotó un polvorín, sin desgracias.

En Orihuela explotó un polvorín, sin desgracias.

En Orihuela explotó un polvorín, sin desgracias.

### Cuento árabe

En una de las tribus que habitan el interior del Africa había un árabe que poseía una yegua tan hermosa, que era la admiración de todos cuantos la veían.

Un árabe de otra tribu, llamado Daher, ansiando la posesión de tan excelente animal, habia ofrecido por ella á su dueño sus camellos y todas sus riquezas, sin que apesar de ello quisiera aquél desprenderse de la yegua.

Loco Daher por conseguir su objeto, inventó la siguiente estratagemá; pintóse la cara con cierto jugo de hierbas, vistióse de andrajos, entrapajóse el cuello y las piernas á manera de un pobre lisiado, y aguardó así á Nabec, que era el dueño del cuadrúpedo, en un camino por donde ambos habían de pasar. Llegó, en efecto, el que esperaba, sobre su cabalgadura, y cuando lo tuvo cerca, le dijo, con voz doliente:

—Señor, soy un pobre extranjero que no he podido moverme en tres días de este sitio para ir á buscar mi alimento y me muero, Socorredme, que Dios os recompensará.

Nabec le propuso que montase con él y le llevaría adonde gustase; pero el fingido mendigo le dijo:

—No puedo levantarme; me faltan las fuerzas.

Compadecido Nabec, se apeó, acercó la yegua y le montó sobre ella, con harto trabajo.

El ch...

El inf...

El inf...

El inf...

El inf...

El inf...

El inf...

El inf...

El inf...

El inf...

El inf...

El inf...

El inf...

El inf...

El inf...

El inf...

El inf...

El inf...

El inf...

El inf...



Vertical text on the right edge of the page, partially cut off.